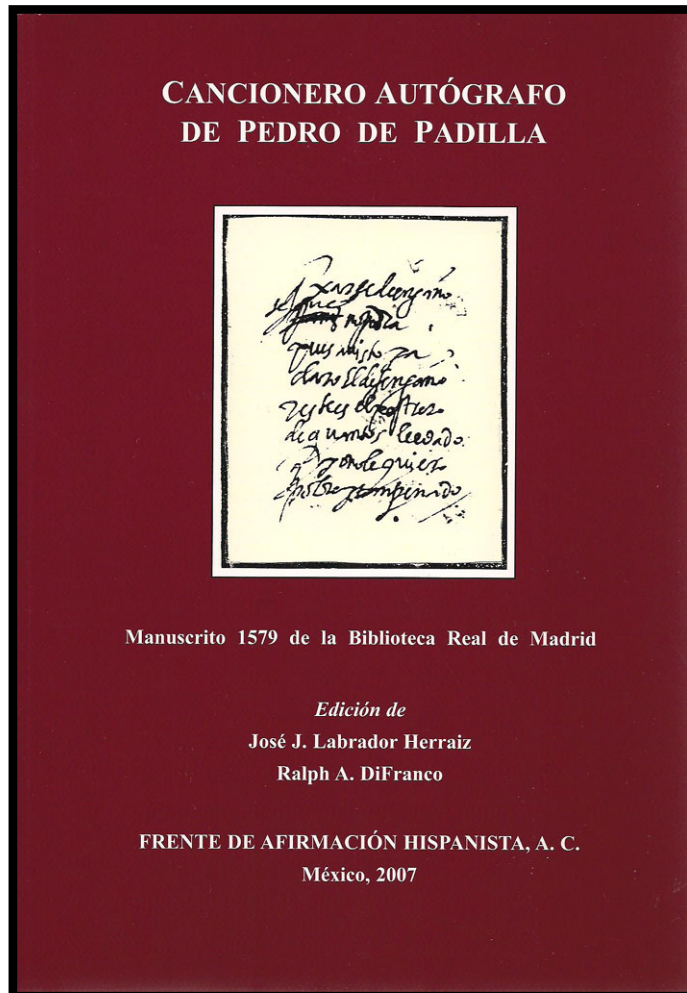


Pedro de Padilla. Eds. José J. Labrador Herraiz & Ralph A. DiFranco. *Cancionero autógrafo de Pedro de Padilla. Manuscrito 1579 de la Biblioteca Real de Madrid*. Moalde, México D.F.: Frente de Afirmación Hispanista AC, 2007. 448 págs. ISBN: 978-84-612-0535-6.

Reviewed by José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá de Henares



Las labores de exhumación, de catalogación, de edición y de estudio de antiguos cancioneros españoles de las décadas finales del siglo XVI y de las iniciales del XVII que desde el año 1986 vienen realizando José Julián Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco (con la colaboración ocasional de otros colegas, en algunas publicaciones puntuales) se ha sustanciado, hasta hoy, en la publicación de estos títulos:

1. *Cancionero de poesías varias. Manuscrito 617 de la Biblioteca Real de Madrid*. Madrid, El Crotalón, 1986; reimpresso: Madrid, Visor, 1995.
2. *Cancionero de Pedro de Rojas. Manuscrito 3924 de la Biblioteca Nacional de Madrid*. Cleveland, Cleveland State University, 1988.
3. *Cancionero de poesías varias. Manuscrito 3902 de la Biblioteca Nacional de Madrid*. Cleveland, Cleveland State University, 1989.
4. *Cartapacio de Francisco Morán de la Estrella*. Madrid, Patrimonio Nacional, 1989.
5. *Cancionero de poesías varias. Manuscrito 2803 de la Biblioteca Real de Madrid*. Madrid, Patrimonio Nacional, 1989.
6. *Poesías del Maestro León y de fray Melchor de la Serna y otros. Códice número 961 de la Biblioteca Real de Madrid*. Cleveland, Cleveland State University, 1991.

7. *Tabla de los principios de la poesía española. Siglos XVI-XVII*. Cleveland, Cleveland State University, 1993.
8. *Cancionero de poesías varias. Manuscrito 1587 de la Biblioteca Real de Madrid*. Madrid, Visor Libros, 1994.
9. *Romancero de Palacio (siglo XVI)*. Cleveland, Cleveland State University, 1999.
10. *Poesías de Fray Melchor de la Serna y otros poetas del siglo XVI. Manuscrito 22.028 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Anejo 34 de Analecta Malacitana*, Málaga, Universidad, 2001.
11. *Cancionero manuscrito mutilado (RAE 5371 bis)*. Cleveland, Cleveland State University, 2003.
12. *Cancionero sevillano de Nueva York*. Sevilla, Universidad, 1996.
13. *Cancionero sevillano de Lisboa*. Sevilla, Universidad, 2003.
14. *Cancionero sevillano de Fuenmayor*. Sevilla, Universidad, 2004.
15. *Cancionero sevillano B 2495 de la Hispanic Society of America*. Sevilla, Universidad, 2006.
16. *Cancionero sevillano de Toledo. Manuscrito 506 (fondo Borbón-Lorenzana Biblioteca de Castilla-La Mancha)*. Sevilla, Universidad, 2006.
17. *Cancionero autógrafo de Pedro de Padilla. Manuscrito 1579 de la Biblioteca Real de Madrid*. México, Frente de Afirmación Hispanista, 2007.
18. *Justa poética que se hizo al santísimo sacramento en la villa de Cifuentes en 1620*. Toledo, Junta de Castilla-La Mancha, 2007.
19. *Cancionero de poesías varias. Ms. Reginensi Latini 1635 de la Biblioteca Vaticana*. Almería, Universidad, 2008.
20. *Dos cancioneros hispano-italianos. Patetta 840 y Chigi L. VI. 200. Anejo 68 de Analecta Malacitana*, Málaga, Universidad, 2008.

Asombrosa tarea e impresionante elenco, que están poniendo en el mapa de nuestra historia literaria y de nuestros estudios filológicos un repertorio poético que se hallaba sumamente desatendido, y al que era muy difícil –a veces prácticamente imposible– tener acceso, dado que la mayoría de estos títulos ni había conocido edición moderna ni –a algunos– se les había limpiado apenas el polvo desde los ya lejanos siglos en que fueron puestos por escrito o en que quedaron arrumbados en algún anaquel de biblioteca.

El fruto más importante de la casi heroica labor de José Julián Labrador Herraiz y de Ralph A. DiFranco, tan singular y comprometida, tan a la contra de hábitos de investigación y de edición convencionales, tan ruinosa –muchas veces– en lo económico –pues ambos autores tienen, entre otras, la mala costumbre de regalar sus libros a diestro y siniestro–, es, sin duda, el de que ha desvelado ante nuestros maravillados ojos un universo poético, el de las décadas últimas del XVI y las primeras del XVII, de valor absolutamente crucial para entender la tradición poética española en su conjunto. Por más que estuviera, hasta ahora, malamente encajonado y muy oscurecido por los grandes hitos poéticos del pasado renacentista que se estaba despidiendo (Garcilaso, Boscán...) y

de la renovación ya plenamente barroca (Lope, Góngora...) que impetuosamente se iba abriendo paso.

Muchos de los cancioneros editados por Labrador Herraiz y por DiFranco acogen, en tanto que obras de transición entre el Renacimiento y el Barroco, poemas de los clásicos renacentistas apenas idos, junto a versos de los jóvenes vates que iban llegando para revolucionarlo todo. Pero, además, atesoran la obra de la mucho menos conocida generación intermedia (Pedro de Padilla, Pedro Liñán de Ríaza y muchísimos más, entre ellos bastantes anónimos), que tuvo la cruel fortuna de quedar atrapada entre dos momentos absolutamente cumbres y quizá irrepetibles de nuestra poesía. Cierto es que no se pueden comparar los versos de Padilla, de Liñán y de sus compañeros de generación, no siempre inspirados y no siempre libres de rigideces ni de manidos convencionalismos, con la perfección clásica de un Garcilaso ni con la inspiración torrencial de un Lope. Pero el servicio que estos ingenios prestaron a la poesía española, como puente generacional entre los unos y los otros, como impulsores de corrillos, de escuelas, de certámenes, de compilaciones, de ediciones, como mantenedores comprometidísimos, en el corazón de la sociedad, del fuego que consideraban sagrado de la poesía, fue absolutamente impagable. Sin los pasos adelante que ellos dieron, en lo formal, en lo estilístico, en lo expresivo, hubieran sido impensables, o hubieran llegado distintos o más tarde, los hallazgos de Lope, los experimentos de Góngora, la irrupción definitiva del Barroco.

Su recuperación era, pues, una cuestión de elemental justicia, lo cual no es una forma condescendiente y eufemística de excluir, desde luego, que sus versos puedan ser, también, fuente legítima del mejor goce estético, ya que Padilla, Liñán y compañía solo son poetas menores en comparación con los gigantes que les precedieron y les sucedieron, mas no por falta de valores ni de méritos propios, que no dejaron de tener.

Los cancioneros editados por los profesores Labrador Herraiz y DiFranco tienen muchas otras cualidades. La primera es que son ediciones muy finas y escrupulosas (aunque las primeras entregas acusasen los errores y mostrasen las vacilaciones propias de los trabajos primerizos). Están muy sólidamente fundamentadas (ello se hace más visible a medida que se ven avanzar las fechas de publicación) sobre un trabajo incansable, obsesivo, de búsqueda y localización en bibliotecas y archivos, de reproducción, trascripción, catalogación, filiación, de cada uno de los poemas: labor que queda esplendorosamente concentrada, magníficamente al descubierto, en los colosales aparatos críticos que coronan cada volumen, y que ofrecen un caudal increíble, imposible de encontrar en ningún otro sitio, de información sobre fuentes, autorías, atribuciones, variantes, ramas, glosas, poemas emparentados, ediciones antiguas y modernas, antologías, estudios... Los últimos títulos publicados, los que se benefician de la acumulación de informaciones y de saberes que han ido sedimentando al paso de tantos años de trabajo, son absolutamente apabullantes en ese sentido: nadie que no haya trabajado directamente con estos difíciles y polvorientos materiales, haciendo todo el recorrido desde su localización en alguna remota ficha de biblioteca y desde su exhumación hasta su edición, es capaz de imaginar ni de valorar los tiempos y los

esfuerzos que hay detrás de las intimidadoras listas de firmas y de referencias concordadas que Labrador y DiFranco asocian a cada poema.

Pero acaso el mayor mérito que tiene esta labor de recuperación y de reivindicación de este repertorio no oscuro pero sí oscurecido de la historia de nuestra poesía es que se ha centrado sobre fuentes manuscritas, y no sobre fuentes impresas. No es que estas últimas no den un trabajo inmenso ni ofrezcan problemas ni resistencias, a veces sumamente complejos, a la hora de la recuperación y de la edición. Pero sí que es cierto que esos problemas se multiplican, a veces de manera exponencial, cuando la fuente es manuscrita: porque el estado de la cuestión catalográfica estaba mucho menos desarrollada en el terreno del manuscrito (algunos manuscritos ni siquiera figuran, o figuran mal señalados, en ciertos catálogos); porque los problemas de lectura y transcripción suelen ser mucho más peliagudos y comprometidos en el caso del manuscrito; porque los manuscritos son, por lo general, ejemplares únicos, lo que expone mucho más a las dificultades que plantean borrones, tachaduras, lagunas, mutilaciones, etc., sin que haya la posibilidad, que sí ofrecen por lo general los impresos, de recurrir a otros ejemplares para hacer cotejos. Etcétera, etcétera, etcétera.

Trabajar hoy con poesía impresa del XVI y de los inicios del XVII es trabajar con los útiles y con las herramientas catalográficas trabajosamente diseñados y elaborados por Rodríguez-Moñino, Askins, García de Enterría, Infantes, Cátedra... Pero trabajar con poesía manuscrita de esa misma época es arrojarse a un océano proceloso, de corrientes mezcladas, cruzadas, imprevisibles, con muy pocos (inestables, además) puntos de apoyo catalográfico o bibliográfico. Aunque lo más indicado sería añadir a esta última frase una matización de importancia: para quienes acudan a esta poesía manuscrita a partir de ahora ya no va a ser así, porque van a poder contar con los impresionantes instrumentos (que combinan la edición y el catálogo) que a lo largo de estos años han ido perfeccionando los profesores Labrador y DiFranco.

Otro mérito de los cancioneros de esta serie: que están transcritos y editados tal cual, en el mismo orden (o si se quiere, en el mismo desorden), con la misma estructura de los manuscritos originales, hasta con sus lagunas, repeticiones y defectos. Pues hay que tener en cuenta que la mayoría de estos manuscritos eran simples materiales de trabajo (se les organizaba un poco más sistemáticamente al dar el salto a la imprenta), cuando no cuadernos de (a veces descuidados) apuntes o, en ocasiones, una especie de diarios o de dietarios en que un poeta o un lector cualquiera iba copiando, a modo de antología para su uso personal, los versos que más le gustaban de entre los muchos que seguramente leería o escucharía. Este modo respetuoso y fidedigno de editar los viejos manuscritos del XVI y de XVII que tienen los profesores Labrador y DiFranco permite que los lectores modernos puedan hacerse una idea muy fiel y representativa de lo que eran aquellos soportes, de qué materiales poéticos primaban y de cuáles eliminaban, de cómo eran los gustos, las modas y las convenciones que se imponían en la literatura de la época, de qué permeabilidad tenían estas versiones a las variantes o a los olvidos..., de cómo se transmitía, en definitiva, una parte muy sustancial de la poesía de nuestra Edad de Oro. Visto todo desde un enfoque muy singular, que fluctuaba entre el del productor (cuando

anotaba él mismo el manuscrito) y el del receptor (cuando lo hacía un lector aficionado a la poesía), a salvo del rasero manipulador y de la tijera (tantas veces determinante en el proceso de preparación de los impresos) del editor.

Este *Cancionero autógrafo de Pedro de Padilla* que acaba de ver la luz lleva un sintético pero muy informativo estudio preliminar, un amplio (más de sesenta apretadas páginas) y minuciosísimo apartado de “Notas” que, esencialmente, está dedicado a establecer concordancias entre los poemas editados y los que aparecen en otras fuentes, y a esclarecer determinadas cuestiones de autoría, atribución, variantes, etc., una bibliografía de casi treinta páginas cuya amplitud y detalle era absolutamente impensable hace pocos años, antes de que los profesores Labrador y DiFranco se lanzasen a su tarea, un “Índice de nombres propios,” un “Índice de poemas que comparte con otras fuentes,” un “Índice de primeros versos,” y hasta unas cuantas interesantísimas láminas que reproducen páginas representativas de los difíciles entresijos del *Cancionero* de Padilla. Imposible mayor cuidado, más refinado trabajo, mayor compromiso para con esta poesía.

¿Los poemas? Interesantísimos, algunos de ellos auténticas rarezas, joyas absolutas, como el número 11, que lleva el modesto título de “Más cosas así, hechas de repente,” que no desvela el nombre de su autor, que no asoma en ninguna otra fuente conocida en época, que glosa esta copla

Cuesta un ora de contento
tantos años de pesar,
llégase el desesperar
antes que el contentamiento,

y que reescribe un conocidísimo tópico que recicló Garcilaso en su *Soneto* X, 9-10 (“Pues en una hora junto me llevastes / todo el bien que por términos me distes”), en el *Soneto* XXVI, 3 (“¡Oh cuánto bien s’acaba en solo un día”), en la *Canción* III, 43-45 (“pues ha sido en un hora / todo aquello deshecho / en que toda mi vida fue gastada”), en la *Égloga* II, 336 (“junto todo mi bien perdí en un hora”) (véase Carrizo Rueda). Tópico que ha seguido vivo durante siglos, hasta prácticamente hoy, en nuestra lírica popular:

¡A qué precio tan costoso
dispones de mi amistá!
Por cada horita de gusto
me das ciento de pesar.
(Rodríguez Marín [núm. 3969])

Por um momento de gosto
mil penas vim a comprar;
o meu prazer foi um sonho,

fui infeliz em te amar.
 (Jose Leite de Vasconcellos I, 59)

Por un ratito de gusto,
 nueve meses de pesar,
 cuarenta días de cama
 y un año dando i mamar.
 (Jesús M^a Carrizo 67)

Otra joya anónima, sin parentesco directo conocido con otros poemas, que aparece tachada incluso en el manuscrito, huérfana de prestigio y de valoración (aunque no de valor): el soneto que lleva el número 134 en el *Cancionero de Padilla*:

Eterno, poderoso Padre nuestro,
 sin quien todo es tristeza y desventura,
 ynprimid en mi alma la figura
 del único retrato solo vuestro.
 Por mano del artífice tan diestro,
 quen tocando a la piedra seca y dura
 responde contra toda su natura,
 amigable a la mano del maestro.
 Llegue aquella copiosa y sacra fuente,
 que con ímpetu fiero se derrama
 del amoroso pecho así caliente.
 Desyele y purifique con su llama
 la torpeza desatánima doliente,
 el dulce suspirar de quien os ama.

Pariente segundo, indirecto, a través del *topos*, de venerables raíces clásicas que entroncan con viejas tradiciones filosóficas, de la impresión de la figura de un amante en el corazón del otro (amantes divinos en estos casos), de las *Canciones* 11 y 23 del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz:

¡Oh, cristalina fuente,
 si en esos tus semblantes plateados
 formases de repente
 los ojos deseados,
 que tengo en mis entrañas dibujados!
 Cuando tú me mirabas,
 su gracia en mí tus ojos imprimían,
 por eso me adamabas,
 y en eso merecían

los míos adorar lo que en ti vían.
(San Juan de la Cruz 17 y 29)

Pariente lejano también, el soneto tachado del *Cancionero* manuscrito de Padilla, de la preciosa canción de Santa Teresa de Jesús:

Alma, buscarte has en Mí,
y a Mí buscarme has en ti.

De tal suerte, pudo amor,
alma, en Mí te retratar,
que ningún sabio pintor
supiera con tal primor
tal imagen estampar.

Fuiste por amor criada
hermosa, bella, y así
en mis entrañas pintada
si te perdieras, mi amada,
alma, buscarme has en Mí.

Que yo sé que te hallarás
en mi pecho retratada,
y tan al vivo sacada,
que si te ves holgarás
viéndome tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
dónde me hallarás a Mí,
no andes de aquí para allí,
sino, si hallarme quisieres,
a Mí buscarme has en ti.

Porque tú eres mi aposento,
eres mi casa y morada,
y así llamo en cualquier tiempo,
si hallo en tu pensamiento
estar la puerta cerrada.

Fuera de ti no hay buscarme,
porque para hallarme a Mí
basta solo llamarme,
que a ti iré sin tardarme,
y a Mí buscarme has en ti.

(Santa Teresa de Jesús 717-18 [núm. VIII])

Pariente, además, por vía del mismo tópico compartido, aunque en el territorio ya del amor profano, del *Soneto V* de Garcilaso:

Escrito 'stá en mi alma vuestro gesto
 y cuanto yo escribir de vos deseo:
 vos sola la escribistes; yo lo leo,
 tan solo, que aun de vos me guardo en esto...
 (Garcilaso de la Vega 88-89)

Y soneto emparentado, también, con el deslumbrador soneto XXIV de Shakespeare:

Mi vista es el pintor que ha dibujado
 tu belleza en la tabla de mi pecho;
 y mi cuerpo es el marco que la encierra,
 y ese don del pintor, la perspectiva.
 A través del pintor has de buscar
 y hallar dónde tu imagen la retrata:
 cuelga en el taller de mi corazón
 abierto a las ventanas de tus ojos.
 Mira qué hacen los ojos por los ojos:
 los míos te trazaron, y los tuyos
 son ventanas del alma, en las que el sol
 atisba y se deleita al contemplarte.
 Una destreza no tienen los ojos:
 dibujan lo que ven y el alma ignoran.
 (William Shakespeare, soneto XXIV).

Gracias a la meritoria recuperación y a la escrupulosa edición de estos poemas, la gran mayoría muy desconocidos y muy desatendidos, del *Cancionero autógrafo de Pedro de Padilla*, vamos a poder tener, los estudiosos de la literatura (los de literatura amorosa y la filosófica, de la ariostesca y la cómica, de la religiosa y la erótica, pues todas ellas, y unas cuantas más, se mezclan promiscuamente en las páginas de esta gran compilación) acceso a uno de los capítulos más profusos y más interesantes, más precisados de revisión y de investigación, de la tradición poética en lengua española. Sobre la base de estos textos, que tan generosamente han quedado puestos a nuestra disposición (y en edición, hasta en lo material, tan cuidada y tan hermosa), podremos lanzarnos a exploraciones de fuentes, de imágenes, de paralelos, como los que hemos dejado tímidamente apuntados en las páginas anteriores.

La deuda que de este modo hemos contraído, nuestra generación de estudiosos y las generaciones que vengan después de la nuestra, con los profesores Labrador y DiFranco, será muy difícil de saldar. Ojalá nuestros trabajos de ahora y los trabajos del futuro sean

dignos del cuidado y de la pasión que han sido puestos en la (re)construcción y en la (rei)vindicación de este monumento de nuestra literatura clásica y de nuestra filología moderna, y que la deuda pueda ir siendo, poco a poco, saldada.

Obras citadas

- Carrizo, Jesús M^a. *Salpicón folklórico de Catamarca*. Buenos Aires: [Edición del autor], 1975.
- Carrizo Rueda, Sofía. “Esperanza-fugacidad-fragilidad: propuestas para un motivo de la poesía de Gracilazo.” *Revista de Filología Española* 68 (1988): 107-16.
- Cruz, san Juan de. Paola Elia & María Jesús Mancho eds. *Cántico espiritual y poesía completa*. Barcelona: Crítica, 2002.
- Jesús, santa Teresa de. Luis Santullano ed. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1986.
- Rodríguez Marín, Francisco. *Cantos populares españoles*. Sevilla: Francisco Álvarez y Cía, 1882-83. 4 vols.
- Shakespeare, William. Antonio Rivero Taravillo trad. *Sonetos*. Madrid: Alianza, 2008.
- Vasconcellos, Jose Leite de. M. A. Zaluar Nunes ed. *Cancioneiro popular português*. 3 vols. Coimbra: Universidade, 1975-83.
- Vega, Garcilaso de la. Bienvenido Morros ed. *Obra poética y textos en prosa*. Barcelona: Crítica, 2007.